

pasajero brillo de las felicidades humanas y el imperecedero esplendor de la dicha eterna, dedicóse también á restaurar los templos, llamando preferentemente su atención el de San Juan Bautista en la capital de sus reinos, iglesia que ya habia sido objeto de la misma solicitud por parte de Alfonso V, el cual hizo colocar en ella los cuerpos de los reyes sus predecesores. Delante de los rojizos muros de aquel sagrado edificio habia visto Doña Sancha morir al infortunado Conde de Castilla, cuyos restos durmieron también bajo aquellas bóvedas su último sueño: allí reposaban los padres y hermanos de la Reina; aquel debia ser naturalmente el panteon donde descansasen los mortales restos de toda su familia. El Rey, conociendo cuan justo era el empeño de su esposa, sustituyó con firmes muros de piedra y con la magnificencia propia de la época, las antiguas paredes que eran de tierra y canto, y trasladó el cuerpo de su padre desde Oña al sagrado recinto. Terminadas las obras, y deseando aumentar la devoción del pueblo hácia aquel privilegiado santuario, resolvió, de acuerdo con su esposa, enriquecerle con las reliquias de los santos que habian quedado en las ciudades dominadas por los infieles; y entrando para ello por Estremadura y Lusitania con un ejército lleno de ardor y de entusiasmo, impuso tal terror á Ebn-Abed el de Sevilla, que salió á su encuentro llevándole ricos presentes é implorando su misericordia. Fiel siempre Don Fernando á las máximas de piedad que constantemente escuchaba en boca de su esposa, tan esforzado en el combate como generoso con los vencidos y escuchando los cristianos consejos de los prelados que le inclinaban á que usara de mansedumbre hasta con los enemigos de la fe, accedió á las súplicas del mahometano, exigiéndole únicamente que le permitiese trasladar á Leon el cuerpo de la Santa virgen y mártir Justa, que desde la persecucion de Diocleciano yacia en la risueña ciudad del Guadalquivir.

Como era de esperar, accedió de buen grado el infiel á la demanda, y habiendo despachado el Rey á Sevilla una solemne embajada, compuesta del Obispo de Leon Alvito, de Ordoño de Astorga, del Conde Numio ó Nuño, y de otros dos nobles personajes llamados Gonzalo y

Fernando, aunque recibidos con las mayores atenciones por el de Sevilla, no pudieron realizar el objeto de su viaje, por haberse perdido completamente el recuerdo del sitio en que se hallaban los restos de la Santa mártir.

Revelacion divina hecha á Alvito, compensóles de aquel contra-tiempo, pues encontraron en fragante caja de enebro los restos de San Isidoro, que trasladaron con el cuerpo del mismo Alvito, muerto á los siete dias del feliz hallazgo, á Leon, donde los reyes les tenian dispuesto digno recibimiento.

« Fué tanto el gozo del monarca y de la Reina, escribe á este propósito un antiguo cronista, cuando se hallaron con aquel huésped celestial, que juntaron toda la grandeza de prelados, abades y señores para recibirle con la pompa que cabia en la tierra; y haciéndoles un convite de real magnificencia, se dignó el mismo Rey de servir por sus manos á los Religiosos que habia congregado. La Reina Doña Sancha, acompañada de sus hijas é hijos, quiso engrandecer á los demás, humillándose con ellos á servir como criados, á los que por honra del Santo quisieron ensalzar. Doña Sancha perseveró tan firme en la devoción del santísimo Doctor, que aunque faltó el Rey ántes de perfeccionar la fábrica del templo, fué ella quien le dió perfeccion, como espresa una memoria de la misma iglesia ¹.

Como Reina y como cristiana se hacia digna Doña Sancha de la admiracion de sus contemporáneos y de las merecidas alabanzas de la posteridad; mientras avanzaba el tiempo con su rápido curso, y el Rey entraba en la ancianidad enfermo y cansado. Los infieles, queriendo aprovechar esta circunstancia, parecian disponerse á recobrar sus perdidos pueblos: pobre y casi exhausto estaba el tesoro de Leon y Castilla, agotado con tantas y tan varias empresas; pero el ánimo de Doña Sancha, superior á todo, con esa energía propia de las mugeres de nuestra patria y la fe inquebrantable de su creencia, infundió nuevo vigor á su esposo; reunió todas sus joyas, las empeñó ó las vendió se-

¹ Sandoval en Don Fernando I, folio 16.

gun pudo; y acudiendo con el dinero que de este modo logró reunir á los gastos necesarios para levantar un ejército, lo presentó abastecido y poderoso á su régio consorte, para que como siempre le condujese á la victoria.

El éxito de aquella campaña no pudo ser dudoso. La sola noticia de haber levantado su pendon de guerra Don Fernando, infundió nuevo terror en los sarracenos, y el esposo de Doña Sancha llegó en su triunfal carrera hasta los muros de Valencia, poniéndola apretado cerco. Señalada victoria consiguió contra los valencianos en una salida que se atrevieron á hacer, y á punto estaba de tomar la ciudad del Turia, cuando repentina dolencia puso en tal riesgo su vida, que le obligó á retirarse á la capital de sus Estados.

En ella y á pesar de los esfuerzos que para salvarle hizo Doña Sancha, dejó de existir ante el altar de San Juan (1065), en el templo que él mismo habia dedicado á San Isidoro, no pudiendo sobrevivir á este último pesar sino dos años *consagrada á Dios*¹ la fiel esposa, cuyo cadáver descansó al lado de su régio consorte en el panteon de la misma iglesia, bajo sencilla tumba, donde se leia el siguiente epitafio:

HIC EST TUMULATUS FERNANDUS MAGNUS, REX TOTIUS HISPANIE, FILIUS SANCTI REGIS PYRINEORUM ET TOLOSÆ. ISTE TRANSTULIT CORPORA SANCTORUM IN LEGIONE, BEATI ISIDORI ARCHIEPISCOPI AB HISPALI, VINCENTI MARTYRIS AB AVILA, ET FECIT ECCLESIAM HANC LAPIDEAM QUÆ OLIM FUIT LUTEA. HIC PRÆLIANDO FECIT SIBI TRIBUTARIOS OMNES SARRACENOS HISPANIE, CEPIT COLIMBRIAM, LAMEGO, VESEO ET ALIAS. ISTE VI CEPIT REGNA GARSLE ET VEREMUNDI. OBIT SEXTO KAL. JANUARI ERA MCIII (1065).—HIC REQUIESCIT SANCTA REGINA TOTIUS HISPANIE, MAGNI REGIS FERNANDI UXOR, FILIAS REGIS ADEFONSI QUI PŪPULAVIT LEGIONEM POST DESTRUCTIONEM ALMANZOR. OBIT ERA MCVIII (1071). III. NON. MAJ².

Hoy, destruidas aquellas seculares tumbas, como hemos repetido

¹ Créese que siguiendo la antigua costumbre, entraria en algun monasterio despues de la muerte de su esposo Don Fernando: una memoria de la catedral de Leon citada por Florez lo confirma, pues en ella se dá á la Reina el dictado de consagrada á Dios, frase que denota estado religioso.

² El Tudense, los anales toledanos, los complutenses, y el Cronicon de Búrgos, ponen la muerte de la Reina en la era 1,105, año de 1067, que es la fecha seguida por nosotros: el epitafio, por lo tanto, segun la frase del P. Florez, «tiene yerro», poniendo cuatro años mas en la era 1,109 (año de 1071).

antes de ahora, por los invasores franceses, solo se ha conservado este epitafio por la cópia que de él hicieron diligentes cronistas.

Siguiendo á uno de ellos creemos la mejor manera de terminar esta biografía, repetir el epílogo que de la historia de Doña Sancha, digna muger de Fernando el Magno, hace dicho historiador¹: «encarecen, y con razon las Historias antiguas, el gran valor y virtud de la Reina Doña Sancha que, además de ser muy hermosa, como dicen, y parece por un retrato suyo hecho en sus tiempos², que yo tengo: añaden que amó mucho al Rey su marido: que le aconsejaba con grandísima prudencia lo que le convenia: que miraba por el bien y honra del Reino: que fué reparadora y bienhechora de los monasterios é iglesias: que instigaba al rey que hiciese jornadas contra los moros, y por ser ya el Rey viejo, y verse cansado y enfermo, no hacia caso de ellos. La Reina dió todas las joyas, y recogió cuanto dinero pudo, é hizo juntar un gran ejército, y tanto dijo al Rey, que le hizo hacer esta jornada, y rendir y sujetar los rebeldes. Que quiso siempre á su maride con amor verdadero, como lo manda Dios. Que fué amparo y socorro de los affidos, viudas y huérfanos. Que fué, finalmente, espejo de mugeres en sus reinos.»

¹ Sandoval. Fernando I. folio 19.

² Sensible es que no pueda averiguarse dónde se encuentra esta antigua pintura.